

POGLED

de Iván Solarich

MI CASA

Prólogo.

31 de octubre de 1975.

La noche.

En mi casa, acá cerquita no más, mi viejo y yo.

Mi viejo leyendo en el living, y yo... no recuerdo bien, supongo que en mi cuarto.

Suena el timbre. Son las once.

Abrí la puerta. Eran once o doce. Bien vestidos. Uno mayor con saco sport, el resto muchachos jóvenes con camperas de jean... e incluso alguno de pelo largo.

El mas veterano me pregunta... "¿María?", le digo... disculpe, aquí no hay ninguna María. La única mujer es mi Madre y se llama Amalia.

Me mira, "¿está María?". Y como yo no digo nada,... "¿podemos pasar?".

Sube la patota. Al pie de la escalera... mi Padre.

El Mayor Vázquez, que así se llamaba -o llama- este calvo jefe de la Inteligencia Militar, repite las preguntas. Mi Padre repite las respuestas.

Se ponen a buscar literatura sediciosa en la frondosa biblioteca de mi casa. De pronto uno de ellos encuentra un libro de tapa roja y lee..., "*Así se templó el acero, ¿y este?, Nikolai Ostrovsky, ¿qué es, un libro ruso?*". Se trataba de uno de los más emblemáticos textos de formación revolucionaria. Y mi viejo le contesta... es muy bueno, es sobre fundición, soy metalúrgico. Pero el tipo insiste... "pero este Pavel Korchigan, quién es, ¿el cabecilla?". Mi viejo lo mira... Pavel Korchaguin, no Korchigan, Korchaguin. Debería leerlo.

Mientras tanto voy al cuarto que da al balcón y prendo la luz.

En un casero código clandestino significaba no entrar, la cana en casa.

Mi Madre, cansada, no vio la señal, y entró... a un túnel. Porque apenas abrió, se encontró con la patota. Vázquez, al pie de la escalera la ve llegar y dice... "María, la estábamos esperando, es muy tarde". Y mi Madre... perdón, me llamo Amalia. "María..."

Victorino Vázquez tenía razón, María era el nombre clandestino de mi Madre. "Si quiere se cambia,... nos vamos". En ese momento el más joven me pide algo para tomar, "¿tenés algo frío, coca, cerveza, lo que tengas?". Aprovecho para ir a la cocina... y esto se los tengo que contar en detalle porque es de película.

Abro la puerta de la heladera que justo tapa la entrada de la cocina, y por tanto no se ve desde el living. Entonces me agacho y de un canasto de plástico lleno de papas, saco bien de abajo una bolsita de nylon que tiene escondida mi Madre, llena de pequeños papeles donde están escritos muchísimos nombres y unos números al lado. Eran nombres de profesionales universitarios, empresarios, comerciantes, gente de la colectividad, contribuyentes que se jugaban aportando dinero para sostener un aparato de resistencia a la dictadura. Me guardo la bolsita en los calzoncillos, agarro una bandeja y pongo encima dos cervezas y un refresco que encuentro en la heladera. Cierro la puerta y camino hacia el living. Camino derechito, despacito... voy con los testículos hinchados de comunismo, y coloco la bandeja en la mesa. Mi Madre vuelve cambiada del cuarto. Sabía que se iba a la guerra, apenas un pantalón y un grueso tapado de hilo. Entonces Vázquez le dice... "¿nos vamos?".

Y ahí se da vuelta mi Padre, "mi mujer no se va sola de esta casa". Vázquez lo mira, lo mide, y sin ironía... "muy bien, ¿la quiere acompañar?". Y mi viejo, de una sola pieza y con solo dos palabras... por supuesto.

Y ahí comienza la escena mas larga del mundo. Porque mi Padre va hasta el baño, abre la puerta, y la deja abierta para que todos lo vean. Se mira al espejo, se ve con barba, entonces saca lentamente la afeitadora de un cajón y se comienza a afeitar. Cuando termina la guarda, se perfuma y se dirige a su cuarto para cambiarse. Se pone el mejor de

los dos trajes que tiene, el azul. Vuelve al baño mientras todos lo siguen mirando, y hace el nudo de su corbata preferida, la blanca, azul y roja, la que tiene los colores de Yugoslavia. Se perfuma un poco más, y ya saliendo hacia el living, dice... "estoy".

Uno de ellos me pide si tengo dos fundas de almohada. Por supuesto que tengo, estoy en mi casa y se las doy.

Mi Madre me besa, mi Padre también. Nos abrazamos.

Bajan la escalera de la mano, y apenas llegan a la vereda los encapuchan. Uno va para una camioneta y el otro para otra.

Y yo, bajo el marco de la puerta de mi casa, con decenas y decenas de uruguayos atrapados en la breve geografía de mis adolescentes calzoncillos, me pregunto... ¿y ahora qué?, ¿qué hago?

Había culminado una jornada más del "300 Carlos". El operativo militar que suponía la captura de 300 Carlitos Marx. La planificada caza de 300 cuadros del Partido Comunista.

CANCION

UNA LLAMADA

"El hombre que mira" no puede ser Mamá, porque ya hay una película erótica de Tinto Brass con ese nombre, y es sobre un voyeur. Lo que se me ocurrió... es ponerle "el viaje". ¿Cómo se dice "el viaje" en serbo-croata?. ¿Me deletreás?, dale, anoto: P-U-T-O-V-A-N-J-E..., Mamá, arranca con puto, no le puedo poner así, le agregás una I y la gente va a decir "PUTOIVAN", y encima termina con JE..., "el puto Iván se ríe", parece un stand-up... no le puedo poner así. ¿Y "mirada"? ¿Cómo se dice mirada en serbo-croata? Me gusta. Me gusta.

LA PREGUNTA

¿Si era comunista, quién... yo?

Uno era comunista porque veía a Rusia como una promesa,

China como una poesía, y el comunismo como el paraíso terrestre.

Uno era comunista porque el abuelo, el tío, el papá, la mamá... no, bueno, la madre no.

Uno era comunista porque se sentía solo.

Uno era comunista porque había tenido una educación demasiado católica.

Uno era comunista porque el cine lo exigía, el teatro lo exigía, la pintura lo exigía, la literatura también... bueno, porque lo exigían todos.

Uno era comunista porque se lo habían dicho.

Uno era comunista porque no le habían dicho todo.

Uno era comunista porque había comprendido que Rusia iba despacio pero lejos.

Uno era comunista porque era tan ateo, que necesitaba otro Dios.

Uno era comunista porque estaba tan fascinado con los obreros, que quería ser uno de ellos.

Uno era comunista porque no quería ser más obrero.

Uno era comunista porque la Revolución... hoy no, mañana posiblemente, pero pasado mañana... seguro.

Uno era comunista para darle rabia a su padre.

Uno era comunista por moda, alguno por principio, y algún otro por frustración.

Uno era comunista porque quería estatizar todo.

Uno era comunista porque no conocía a los empleados públicos.

Uno era comunista porque había confundido el materialismo dialéctico con el Evangelio según Lenin.

Uno era comunista porque estaba convencido que detrás suyo estaba la clase obrera.

Uno era comunista porque existía el gran Partido Comunista.

Uno era comunista a pesar de que existiera el gran Partido Comunista.

Uno era comunista porque el que estaba en contra, era comunista.

Uno creía ser comunista y tal vez era otra cosa.

Uno era comunista porque soñaba con una libertad diferente a la norteamericana.

Uno era comunista porque creía que podía estar vivo y ser

feliz, si también lo eran los demás.

Uno era comunista porque tenía la necesidad de un empuje hacia algo nuevo. Porque sentía la necesidad de una moral diferente. Porque tal vez era solo una fuerza, un vuelo, un sueño, un impulso, un deseo de cambiar las cosas, de cambiar la vida.

Sí, uno era comunista porque con este impulso, cada uno era... como más de sí mismo. Era como... dos personas en una.

De una parte, la personal fatiga cotidiana, y de la otra, el sentido de pertenecer a una raza que quería volar, para cambiar verdaderamente la vida.

No. Nada de arrepentimientos. Es posible que en aquel momento muchos hayan abierto las alas sin haber logrado volar... como gaviotas hipotéticas.

¿Y ahora? También ahora se siente partido en dos.

De una parte, el hombre que atraviesa la escuálida supervivencia cotidiana, y en la otra, la gaviota sin siquiera la intención del vuelo, porque total... el sueño se ha contraído.

Dos miserias, en un solo cuerpo.

(Este texto pertenece a Giorgio Gaber, cantautor italiano fallecido en el 2003).

LA PELICULA

Quiero contar una película que me gusta mucho.

Hablo con mi Director durante horas. De todo.

Necesito encontrar mi vida en esta película.

La película está dentro de mí, y yo estoy dentro de ella.

Ya no sé qué actuar, si ser... o parecer.

Le digo, no sé... ayudame.

Soy Harvey Keitel.

La Mirada de Ulises.

Fin de Prólogo.

EL MUELLE

Estoy en un muelle.

Un hombre me cuenta que en el mismo lugar y mientras filmaba un barco, Yannakis Manakis -uno de los dos hermanos cineastas griegos-, le comentó de tres bobinas perdidas de una supuesta película de principios de siglo que nunca se reveló. Pero en el muelle Yannakis muere, y la historia queda sin fin.

Llego a una pequeña ciudad por la noche. Me reciben mientras están pasando mi película en la plaza al aire libre. Llueve. Paraguas y silencio por un lado. Procesiones, campanas y cánticos por otro.

Suenas voces que dicen:

-Hemos cruzado la frontera y seguimos aquí.

-¿Cuántas debemos cruzar para llegar a casa?

-Es tarde, me esperan. Buenas noches.

Voy a tomar un taxi porque debo irme, pero pasa ella.

Y pienso... no esperaba verte así, de repente... creía que estaba soñando como todos estos años. Si alargara la mano te tocaría... y el tiempo permanecería intacto. Pero algo me detiene.

La sigo, y quedo entre la Policía y los manifestantes.

Corte.

UN AMOR

1986.

Hacía un año Uruguay había recuperado su democracia. Sin embargo Chile padecía la negra noche de Pinochet.

Llego a Santiago para actuar con mis compañeros de teatro en un Festival semilegal.

La ciudad se mostraba catastrófica, parecía Vietnam. El río Mapocho inundaba el centro de Santiago y media ciudad estaba a oscuras.

Cerca, muy cerca del Parque Lezama en un fusca blanco, aparecían degollados los dirigentes comunistas Nattino, Parada y Guerrero.

Un mediodía de esos, junto al gran Atahualpa Del Cioppo, me toca compartir una charla para estudiantes de teatro. Entre el centenar de jóvenes que estaban presentes, una chiquilina

del sur de Chile me enamora locamente. Se llamaba Carolina. Yo le decía Carola, Carola... Amor eterno nos juramos. Fueron dos semanas a pura pasión.

En su casita de la calle Marconi, en pleno barrio de los artistas y a la luz de la luna, me fumo con ella mis primeros fasitos de marihuana.

Yo, reentusiasmado, sin saber bien qué hacer, saco algunos cassettes que tenía conmigo. Uno de canciones y baladas de la Gran Guerra Patria Soviética, con nombres tales como... "El Ejército Rojo es el más poderoso", "Caminemos juntos con ardiente frenesí", y "El héroe Chapayev vagó por los Urales". Y otro con canciones del Ejército Esloveno en tiempos de la vieja Yugoslavia. Ponelo, Diego.

Nuestra eterna relación, entre corridas y bombas lacrimógenas, duró pocas semanas más.

Yo volví a Montevideo. Ella no.

CANCION

LA MIRADA

Llegamos a la frontera, el viejo taxista para.

Una anciana se acerca y me pide si la llevo a Koritsá a ver a su hermana. De pronto llega un bus con refugiados albaneses. Observamos.

Le pregunto al taxista qué llevan en los bolsones. Me dice, "todo lo que puedas imaginar... comprado y robado: hornillos, conservas, vaqueros, televisores, cartones de tabaco, harina...".

En el viejo Mercedes, largo viaje entre el silencio y la nieve. En el camino, miles de personas de pie y sin moverse... observan a lo lejos.

Llegamos a una plaza en Koritsá. La viejita baja. Queda mirando. Continuamos el viaje entre las montañas hasta que paramos.

Entonces el viejo taxista me dice... "seamos amigos. En mi pueblo, para sellar una amistad, se bebe del mismo vaso y se escucha la misma canción. ¿Sabes una cosa? Grecia se muere. Como pueblo nos morimos. Se acabó el ciclo. Miles de

años entre ruinas y estatuas... y ahora nos morimos. Pero si Grecia debe morir, que sea rápido. La agonía es muy larga y muy ruidosa. ¡Naturaleza! ¿Estás sola?, ¡Yo también!".

Después me deja en la frontera.

Corte.

COLOQUIO UNO

En noviembre del 2010 me invitan a exponer en el VI Coloquio Internacional de Teatro organizado en Montevideo. Participo con la ponencia "Actuar la modernidad. ¿Ser o parecer? Reflexiones desde el autismo". Porque yo también trabajo con niños autistas.

Un fragmento de la misma decía... "1995. Se estrena la película. Harvey Keitel recorre Europa. Bueno... el Señor A que interpreta Harvey Keitel recorre Europa.

Busca obsesivamente el modo de llegar a Sarajevo, donde supuestamente estarían perdidas tres bobinas sin revelar de los hermanos Mannakis, conteniendo -quizá- la primera mirada del siglo registrada en celuloide.

Se trata de "La Mirada de Ulises", el extraordinario film de Theo Angelopoulos.

Pero antes, el Señor A debe pasar por Belgrado, y de ahí continuar su ruta por los ríos. Es tiempo de muerte. De disolución de antiguas convivencias. De desapariciones. Embarcarse de polizón en una gigantesca chata parece la mejor alternativa. Casi solo, pero acompañado. Acompañado por una gigantesca estatua de Lenin. Lenin partido, partido en cuatro, cuatro bloques de granito, su cuerpo recostado mirando lejos.

Comienza el viaje por el Danubio. En la proa, Harvey Keitel como Di Caprio en "Titanic". Mas atrás, observando al infinito... Vladimir Ilich Lenin como Kate Winslet.

A su paso, en las orillas, la gente corre, se arrodilla, se persigna, trepa a los techos y saluda, acompaña. Son miles. Se exhuma un siglo de esperanzas y en algún lugar el pequeño gigante ruso se pregunta... ¿por qué?, ¿qué nos pasó?

En cambio el otro, el de cemento partido... viaja sin más rumbo que el silencio.

CANCION

EN TREN

Estoy en Monastir dentro de un comercio preguntando por los Mannakis. La chica que me atiende no me contesta. Pero en el tren a Skopje, me dice que ahí no están y seguimos a Bucarest. Le cuento cosas..., nos besamos.

Le digo que... cuando me propusieron el proyecto acepté enseguida. Sin embargo al tiempo descubrí tres bobinas de película no mencionadas por ningún historiador. No sé qué me pasó. Me sentía inquieto. Quería librarme de esa sensación, pero no podía. Tres bobinas. Tal vez la primera película. La primera mirada...

Me obsesionó como si fuera... mi propia obra... mi primera mirada... perdida hace tiempo.

Luego volvimos a besarnos.

Corte.

MI INFANCIA

A mis 12 años viajé a Moscú. Era 1972.

La primera noche subí del Metro a la Plaza Roja y me puse a llorar. El Mausoleo y la Basílica de San Pedro, todo era luz. La iglesia y Lenin, todo junto... en el mismo lugar.

Quería verlo. Esperé mi turno y pasé la guardia. Bajé. Por fin lo vi: bajito, chiquito. Fui girando alrededor de la pequeña caja blindada, y no pude dejar de fotografiarlo con la mirada. Las apagadas voces de la Historia parecían estar con él, pero silenciadas por el vidrio.

Cuentan que ahora el Mausoleo está cerrado, y que en la esquina abrió McDonald's. Que Lenin sigue ahí, pero que nadie lo ve. Como presente pero ausente. Nada lo pudo eternizar.

Yo estuve en Moscú con Lenin. Era de noche y llovía.

Pero en realidad, donde me crié fue en La Habana.

A Cuba llegamos en el '62. Mi Madre iba a ser profe de Matemáticas en la Universidad, y mi Viejo iba a trabajar junto al Che. Pero no el de la camiseta. Con el Che Persona, el Ministro.

Mi familia se ocupaba del Comandante. Mi Viejo lo atendía de día, y yo de noche.

Porque mientras mi Madre terminaba sus clases en la Universidad a la medianoche y yo jugaba en la escalinata esperándola, el Che se aparecía para conversar con los estudiantes.

Yo recuerdo que hablaba y hablaba. Hablaba de Socialismo y de Revolución, mientras los jóvenes enmudecían con aquella sonrisa.

Yo, jugando, también escuchaba, pero iba armando mis ciudades en cada escalón. Y cada tanto le tironeaba los pantalones para que me acariciara la cabecita.

Y pensaba... Che, está bien eso del Socialismo, ¿pero cuándo vas a jugar con mis camiones?

CANCION

EL BRINDIS

Me despierto. Estoy con ella durmiendo. Caminamos.

Me acompaña al puerto y llorando nos despedimos... Me trepo a una chata de polizón para recorrer el Danubio. Vamos casi solos, Lenin y yo.

Cuando llega la noche algunos reflectores iluminan el barco y preguntan a donde nos dirigimos. Después amanece.

Al bajar me esta esperando Pete, mi querido amigo Pete. Corro y nos abrazamos.

Me palmea el culo y me dice... "al principio Dios creó el viaje, después... la duda... y luego la nostalgia".

¿Cuántos años llevas en Belgrado?, le pregunto. ¿Qué te atrae?, ¿la guerra?, ¿el peligro?

"¿Qué me atrae? No tengo respuesta. Van tres años y me quedará. Quiero presenciar el fin de la guerra".

Luego subimos a un bus y vamos en busca de un tal Sr.

Yovisista. Apenas nos recibe cuenta que entregó las tres bobinas a un experto en Sarajevo, después que durante veinte años intentó revelarlas.

Precisamos conversar. Nos vamos a un bar. Escuchamos que los parroquianos discuten sobre quiénes llegaron primero a los Balcanes, si los serbios o los albaneses. O si en todo caso la culpa es de Hegel por influenciar a Marx. Brindamos.

"Bebamos por los años de París. Por Françoise, por Helga, por Michelle... y por Monique. Por las esperanzas rotas... y por el mundo que no cambió, a pesar de nuestros sueños".

Mi querido amigo -le digo-, brindemos por el mar, el mar inagotable... el principio y el fin.

Y él... "por Charlie Mingus. Por Tsitsanis. Por Cavafis. Y también por el Che... y por Mayo del 68".

Y yo agrego... por Murnau, por Dreyer, y por Orson Welles.

"Por tus tres bobinas y por Eisenstein, ¿porque le queremos, no?", me pregunta.

Le queríamos, le contesto, pero él no nos quería.

Y entonces me pide..., "ahora sí brindemos por nosotros. Porque nos dormimos dulcemente en un mundo... y nos despertamos brutalmente en otro".

A la noche caminamos por Belgrado mientras seguimos tomando y recordando. Entonces le digo que necesito ir a Sarajevo. Me dice que estoy loco. Que solamente se puede llegar a través de los ríos.

Corte.

EL MURA

1953.

Una vez terminada la Segunda Guerra, los pueblos eslavos deciden unificarse bajo el liderazgo del Mariscal Tito, héroe de la resistencia al nazi fascismo.

Había que reconstruir un devastado territorio, y para ello se lanza un llamado a los eslavos dispersos por el mundo.

Janez, mi Padre, con treinta y dos años y una indesmentible vocación internacionalista, se lanza a la aventura una vez más, esta vez para reconstruir su Patria.

Trabaja en la construcción de la principal carretera, Belgrado-

Zagreb, y en el trabajo voluntario conoce a Milka Muraus, su primera mujer.

Pero Tito, en un proceso independiente, comienza a separarse de la vieja Unión Soviética, y mi viejo -como buen bolchevique-, a separarse de Tito.

Su disidencia le termina costando un año de cárcel, de los cuales seis meses los durmió en una bañera. Cuando sale, decide huir de lo que ahora considera un régimen contrario a sus convicciones más principistas.

Yugoslavia está atravesada por muchas montañas e innumerables ríos. Y una madrugada del crudo invierno, desnudo y a nado, cruza clandestinamente el mítico y gélido río Mura, para ingresar en un campamento de refugiados en Austria.

CANCION

A SARAJEVO

Duermo en un barracón. Una mujer me despierta mientras pasan soldados por afuera. Corremos a un muelle y remamos sobre una barcaza. Amanece. Llegamos a la orilla. Subo a una casa de dos plantas casi destruida. Ella llora recordando a alguien. Me acuesto.

Noche. La barcaza por el río. En la orilla explosiones y humo. Se hace el día. Corro por una calle. Estoy en Sarajevo.

Encuentro a Ivo Levy y le pregunto por las bobinas.

Me duermo con el viejo sentado en mi cama. Se levanta y va hasta su escritorio. Saca un pequeño grabador del cajón... y escucho... "vivo mi vida en círculos crecientes que se expanden sobre las cosas...".

Duermo. Estamos en diciembre de 1994.

LA CURIOSIDAD

Me despierto sobresaltado. Una chica a mi lado me pregunta

por Ivo en un idioma extraño que no entiendo. Cree conocerme de antes. Busca al viejo y se va. Me encuentro solo e intento por curiosidad entrar a su laboratorio. De pronto aparece Levy y me sorprende. Le pido disculpas. Corte.

EL REENCUENTRO

1983.

Un día antes del 1ro. de Mayo y después de ocho años de prisión, sale mi vieja del Penal de Punta de Rieles. Sale con cincuenta, pero su aspecto es el de una anciana de setenta. Un año antes, me había llevado a mi Padre muy enfermo y sin diagnóstico a Río, al Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados.

Claro, mi Madre sale y se siente casi sola, como abandonada por su marido.

Convivo con ella casi un año. Y cuando comienza a recuperar su salud y su familia, la convengo para que viaje a reencontrarse con mi Padre. Le trato de explicar que al menos le va a servir para cerrar una etapa dura y compleja.

Al fin se decide. Llega entonces a Suecia, al suburbio de Märsta en plena capital Estocolmo.

¿Y por qué a Suecia? Porque increíblemente mi Padre nunca pudo volver a Yugoslavia. Su pasado bolchevique y su fuga cruzando El Mura treinta años antes, fueron motivo suficiente para que las autoridades le negaran la entrada a su propio país.

El panorama con que se encontró mi Madre fue desolador: encontró a un hombre dislocado, casi ausente, abandonado. Su diagnóstico clínico: tumor cerebral maligno.

CANCION

LA NIEBLA

Calle. Subimos a la superficie por una alcantarilla. Corremos.

Desde un viejo edificio gente vestida de blanco que sale con los brazos en alto.

Regreso a la vieja sala de cine. Veo nevar por una pequeña ventana. Ivo Levy me despierta. "Gracias por su insistencia", me dice. "Tardará solo unas horas en secarse". Y me propone salir a caminar.

"Aquí la niebla es la mejor amiga del hombre. Solo entonces Sarajevo recupera su normalidad. Los francotiradores se retiran. La niebla es una fiesta y debemos celebrarlo. Pero además tenemos otro motivo: una película. Una mirada encerrada de principios de siglo... liberada por fin a finales de este".

La vida renace entre la niebla. En la calle suena la orquesta de jóvenes y un grupo de teatro interpreta "Romeo y Julieta". Algunos muchachos aprovechan para bailar en la nieve.

Luego caminamos por la orilla del río. Todos protegidos por la niebla.

COLOQUIO DOS

Pero ahora, ¿qué actúo cuando actúo?, ¿qué material entre manos o flujo en mi mente me permiten accionar en la escena? ¿Desde qué lugar de mi ser o en nombre de quién hablo, gesticulo, comunico?

¿Cómo hacer espectáculo cuando estamos saciados de la política-espectáculo, de la publicidad-espectáculo, de la cultura-espectáculo, de la espectacularización de la vida que impera en el planeta?

Si la burda representación pasó a la calle, a la política, a los grandes medios, si empaña gran parte de nuestra vida social y la infecta de pésimos e inescrupulosos actores, invirtamos los planos: en los teatros, viajemos al encuentro de la humanidad, de la contradicción.

Un teatro de estados dice Pavlovsky. Básicamente un no interpretar, sino experimentar el personaje.

Después que no supe -al inicio de mi formación teatral-, hablar desde mí.

Después que los sueños parecieron mojarse los pies y

la mirada partida se deslizó al infinito. Como Lenin fragmentado para coleccionistas. Después que conocí a mis chicos con Asperger, pequeña tribu que en algún lugar perdió el Manifiesto de la Expresión por un imponderable azar genético... Después de ese largo viaje entre el humo y los ríos, "solo me resta verdaderamente ser... porque actúo", "verdaderamente ser... porque actúo". Esto decía yo en el Coloquio Internacional de Teatro.

UN RIO

¿Qué celebramos abuela?
Ella dice... que hay niebla.
No vemos nada.
Pero oímos el río.
La Madre llama a los niños.
De pronto ruido de vehículo que frena. El viejo me detiene y pide que no me mueva. Avanza. Escucho que habla con alguien. Balazos, niebla, balazos, niebla... cuerpos que caen al río.
"Así son las cosas. El Señor ha echo una buena pesca, no cabe duda".
Portazo. Arranca el coche y se aleja. Corro. Me agacho, toco los cuerpos calientes y aúllo. Y regreso. La orquesta juvenil sigue tocando. Deambulo entre la gente, las bicicletas, las bolsas... y la niebla.

CANCION

EL REGRESO

Epílogo.

1985.

Diez años después de aquella noche del '75, donde me quedé solo bajo el marco de la puerta de mi casa, regresaron mis

Padres de aquel exilio después de la cárcel.

Mi Padre casi como Ulises después de la guerra. Mi Madre casi como Penélope a su encuentro... y yo, casi como Telémaco, buscando...

Mi viejo volvió, pero ya no era aquel hombre. Una magistral cirugía craneana le había extirpado su lóbulo frontal izquierdo, y con él... gran parte de su tumor. Pero en la intervención también se había fugado su recio carácter, su inmensa rebeldía, su decisión. Seguía siendo un hombre bueno, pero ahora era solamente un inofensivo hombre bueno.

Recordaba su niñez y su juventud, la que todo el tiempo contaba para sus renovados compañeros de trabajo en el Ministerio. En su pequeño escritorio, todas las tardes agasajaba con un kilo de masas y un rico té, a las que él decía... "mis chiquilinas de la oficina".

Pero de su historia reciente... nada.

Las últimas palabras de aquel hombre que fue mi Padre, quedaron resonando para siempre... cuando 10 años atrás, de noche, en su casa... y frente a la patota, dijo... "mi mujer no se va sola de esta casa".

Y en el final, sentado en una vieja butaca, de un viejo cine derruido en Sarajevo, con la única luz que arroja un viejo proyector que solo proyecta blanco, sobre blanco, sobre blanco... entrecortado... intermitente...

Cuando regrese... lo haré con las ropas de otro, con el nombre de otro. Nadie me esperará. Si me dijeras que no soy yo... te daría pruebas... y me creerías. Te hablaría del limonero de tu jardín... de la ventana por donde entra la luz de la luna... y de las señales del cuerpo. Señales de amor. Y cuando subamos temblorosos a la habitación... entre abrazos... entre susurros de amor... te contaré mi viaje... toda la noche... y las noches venideras... entre abrazos... entre susurros de amor. Toda la aventura humana. La historia sin fin.

Iván Solarich

